

# Del periodista pasible, la obviedad informativa y otras confusiones en el Estanco de Noticias<sup>1</sup>

José Luis DADER

dader@ccinf.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 5 de marzo de 2007

Aceptado: 26 de abril de 2007

## RESUMEN

La teoría contemporánea del periodismo carece aún de una sólida cimentación epistemológica. El abandono del concepto de objetividad ha provocado una debilitación de los estándares profesionales y el regreso de las pasiones políticas como criterio organizador de la cobertura de la actualidad. La saturación de información ideológicamente sesgada facilita el contrapunto de las "noticias blandas" y el "infoentretenimiento" para las audiencias hastiadas. La confusión entre periodismo y simple distribución de rumores o crítica política sectaria obliga a reivindicar una fundamentación intelectual más consistente del profesionalismo periodístico. La objetividad, la verificación exhaustiva y la búsqueda desinteresada de la verdad vuelven a ser valores insustituibles para conseguir que el periodismo se mantenga como elemento fundamental en la creación de una conciencia cívica en el seno de las democracias.

**Palabras clave:** Teoría del periodismo, profesionalismo periodístico, objetividad, sectarismo ideológico, "infoentretenimiento", "noticias blandas", comercialismo.

## *About the (un)quiet journalist, the obviousness in the news and other misunderstandings in the Staple of News*

## ABSTRACT

The contemporary theory of journalism is still lacking a thoughtful epistemological foundation. The abandonment of objectivity as a key value of journalism has provoked the lessening of professional standards and the returning of political passions as the main criteria for current news coverage. Ideologically biased information has saturated the audiences and "soft news" and "infotainment" have flourished as the only counterpoint. The distortion of journalism by the plain delivery of rumors and sectarian political criticism compels the professionalism in journalism to seek a philosophical empowerment. Objectivity, careful verification and a detached search of truth is coming back as the key elements of a responsible contribution of journalism to the civic consciousness within the democratic societies.

**Keywords:** Theory of journalism, journalistic professionalism, objectivity, ideological bias, "infotainment", "soft news", commercialism.

---

<sup>1</sup>. Texto inicialmente presentado como conferencia el 8 de febrero de 2006 en el *Seminario Discurso, Legitimación y Memoria* de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca.

**SUMARIO:** 1. La actitud del periodista objetivista convencional, 2. El principio vertebral del periodismo, 3. El subjetivismo de la honestidad como inicio de la devaluación de los estándares profesionales, 4. El retorno al periodismo pasional y políticamente dependiente, 5. Las "noticias blandas" como única alternativa al periodismo pasional, 6. Peligro del regreso al comercialismo extremo del "Estando de Noticias", 7. Reivindicación del profesionalismo de responsabilidad democrática liberado de sectarismo. 8. Referencias bibliográficas.

*Yo prefería el título de reportero. Escribía lo que veía. No tomaba ningún tipo de acción...incluso una opinión es un tipo de acción.*

Graham GREENE: *El americano impasible* (2003:35)

*Noticia es todo lo que alguien en algún lugar intenta suprimir, el resto es publicidad.*

Lord NORTHCLIFFE (1865-1922), dueño de *The Times*<sup>2</sup>

## 1. La actitud del periodista objetivista convencional

Thomas Fowler, el corresponsal británico en la Guerra de Indochina que recrea Graham Greene en *El americano impasible*, refleja el arquetipo de periodista que el mundo anglosajón había consagrado hacia los años cincuenta como modelo universal en el arte de contar noticias y mediar entre el interés del público y la abigarrada actualidad<sup>3</sup>. En esa época llegaba también a su máximo reconocimiento el tópico de que *los hechos son ciertos y las opiniones libres*, según el cual, el profesional del periodismo, liberado de las pasiones de su subjetividad y de las sumisiones antiguas a cualquier facción ideológica o de intereses, describiría y analizaría los aspectos significativos del presente colectivo con la misma precisión e implacable objetividad que los científicos positivistas alcanzan en sus diagnósticos. De cada conjunto de hechos establecidos cabrá extraer luego interpretaciones tan diversas como las múltiples perspectivas de los receptores de la información. Pero la materia prima, recopilada y seleccionada por el mensajero profesional, tendría que volver a ser tan certera e indiscutible como la que el primer simio evolucionado transmitía a sus congéneres cuando regresaba desde algún puesto de vigilancia con la noticia de que otro grupo de monos desconocidos avanzaba hacia ellos con piedras y palos<sup>4</sup>.

<sup>2</sup>. Recogido, entre muchos otros autores, por James AUCOIN (1997:18).

<sup>3</sup>. Hay un excelente análisis de la figura que del periodista refleja *El americano impasible* en la tesis doctoral de Ruth RODRÍGUEZ MARTÍNEZ (UCM, 2005).

<sup>4</sup>. Bill KOVACH y Tom ROSENSTIEL, en su indispensable ensayo *Los elementos del periodismo*, expresan esta idea en diversos pasajes: "Todas las comunidades tribales, desde las más aisladas de África hasta las que habitan en las distantes islas del Pacífico, comparten la misma definición de noticia [...] los mensajeros encargados de recoger y transmitir las noticias poseen las mismas cualidades. Son personas capaces de correr a toda velocidad hasta la aldea más próxima, reunir toda la información relevante y reproducirla con cierta exactitud. Los historiadores por su parte, han llegado a la conclusión de que las características que hacen que un hecho sea noticiable se han mantenido constantes a lo largo del tiempo [...]. El periodismo no es más que el sistema que la sociedad ha creado para suministrarnos esa información" (2003:13-14). "A menudo, de las noticias que portaban aquellos mensajeros dependía su supervivencia. Los jefes necesitaban saber con toda precisión si la tribu que habitaba al otro lado de la colina les atacaría o no" (Ibid.:53).

Thomas Fowler, en consecuencia, era un observador distanciado –*no engagé*, (GREENE, 2003:123) no comprometido-, de las antropológicas disputas de vietnamitas tradicionales, independentistas visionarios, franceses colonialistas y yanquis recién llegados a las turbulencias geoestratégicas del Mekong. Su cometido, como él mismo declara, consistía en “recoger y exponer lo que ocurre” (ibid.: 112), sin implicación: “Yo era un simple reportero. No tenía verdaderas opiniones sobre *nada*” (ibid: 92), aferrado sólo a la convicción de que la osadía de “comprender” y acto seguido de explicar una particular comprensión es una función divina demasiado presuntuosa para el humano normal y corriente. “Dios existe sólo para quienes escriben los editoriales”, dice Fowler (ibid: 78). La única creencia que el periodista puede permitirse es que aquello de lo que informa realmente ha sucedido –porque él lo ha comprobado- y es razonablemente exacto (cfr. Ibid. 120).

Ese arquetipo del periodismo como espejo independiente e impávido de la actualidad conduce a excesos de insensibilidad y simpleza –también rechazados por Graham Greene<sup>5</sup>-, que más adelante desencadenarán otras reacciones patológicas de sentido contrario. Mientras tanto, quienes siguen su dictado han de compensar de alguna manera el excesivo candor de su metafísica –la idea de que la realidad está ahí fuera con formas autoevidentes que sólo esperan a ser atrapadas-. Los avezados reporteros del tipo Fowler se protegen, en consecuencia, con una buena dosis de resignación existencialista respecto a la futilidad del propio oficio. La terca evidencia de que las verdades trabajosamente recopiladas por el reportero a menudo dejan indiferente al público destinatario mientras las empresas periodísticas sólo las reclaman en función de su cuenta de resultados, suele abocar al cinismo del profesional experimentado. El recuento rutinario de unas cuantas fuentes oficiales bastará entonces para justificar su ocupación y generar los ingresos necesarios con los que sumergirse prioritariamente en las singladuras personales (por lo general también trufadas de desencanto, pero cuando menos estimulantes de algunas emociones con las que acreditar cierta densidad vital).

La presentación literaria y cinematográfica de este periodista de vuelta de casi todo, bastante abundante a lo largo de todo el siglo XX, ha podido exagerar el nivel de alcohol, las tormentas sentimentales o la socarrona clarividencia de sus personajes, pero por encima de todos los rasgos románticos que la caracterizan destaca en mi opinión el residuo idealista de creer que la realidad puede ser descompuesta en hechos inequívocos y que su narración precisa e inapelable, mediante una actividad llamada periodismo, es epistemológicamente factible. El abandono habitual de su práctica no se produce tanto por quiebra de esa confianza ontológica del periodista, como por los obstáculos sociales que asedian a éste. De lo que surge su frustración y el refugio en el cinismo comentado.

<sup>5</sup> Pyle, el otro personaje, que da título a la novela, muestra con toda su crudeza a qué niveles de estupidez y de daño conducen las mediaciones impasibles, si bien los terrenos que afecta son ajenos al periodismo. Pero también el trabajo periodístico de GREENE como corresponsal real en la zona (2005a y 2005b) demuestra un nivel de analítica interpretación y sagaz comprensión subjetiva de la realidad que se desmarca de manera profunda del modelo objetivista radical de su personaje.

Billy Wilder hace decir a Walter Matthau en *Primera Plana*: “Al infierno el terremoto de Nicaragua. Me importa un pimiento que haya cien mil muertos ¿El campeonato de Liga? Inclúyelo. No, no, no, no toques al comandante Bart y a los pingüinos, es de interés humano.” El personaje representado por Jack Lemon describe por su parte a los periodistas como “un atajo de pobres diablos [...] que despiertan a la gente a medianoche para preguntarle qué opina de Fulanito o Menganita. Que roban a las madres fotos de sus hijas violadas en los parques [...] para hacer las delicias de un millón de dependientas y amas de casa. Y al día siguiente su reportaje sirve para envolver un periquito muerto”<sup>6</sup>. Pero bajo todo este alarde de autoflagelación no parece dudarse de la capacidad de establecer con pericia, qué hechos son relevantes y cuáles no, así como los procedimientos adecuados de descubrirlos y contarlos con exactitud. El que el orden de prioridades haya de trastocarse obedece a las miserias del mercado y a la frivolidad de la humana condición a las que el periodista se ve obligado a servir como mercenario. Pero ese mismo periodista podría ofrecer el retrato más fidedigno de las circunstancias verdaderamente sobresalientes de la actualidad si los poderes fácticos y el público receptor le permitieran ocuparse de los acontecimientos de gran calado.

Dicho periodista podría considerarse un profesional desaprovechado, y por ello coyunturalmente desmoralizado, pero entre los años cincuenta y sesenta del pasado siglo había adquirido ya colectivamente la autopercepción de un alto profesionalismo (HALLIN, 1997) –aunque todavía imperfecto–, que como en otros colectivos precursores en el arduo ascetismo del concepto genuino de *profesión*, exige un conjunto de características que le distinguen del confuso mundo de los oficios. Toda profesión implica la distinción de normas propias de *buena práctica* frente a las toscas imitaciones de los aficionados, el estímulo de la excelencia en el ejercicio de sus quehaceres mediante la reflexión teórica permanente, una autoridad moral conquistada ante la sociedad por la evidencia de un servicio público cumplido, la generación de códigos propios del *ethos* o cultura profesional diferenciada -de libre adhesión pero de exigido cumplimiento para formar parte del grupo–, y unos procedimientos reglados internos para censurar o separar a los miembros que no respetaran o no se atuvieran a dichos criterios de identidad diferenciada.

## 2. El principio vertebral del periodismo

Pero una profesión carece de articulación sin un objeto claro y preciso que eleve su actividad frente a otras de apariencia inicial análoga pero azarosas en materia de garantías y responsabilidad social (la medicina frente al curanderismo, la judicatura

<sup>6</sup>. Billy WILDER, *The Front Page* (1974). Esta película está basada en las precedentes de Howard Hawks de 1940 y de Lewis Milestone de 1931. Y todas ellas a su vez, en la obra de teatro original, del mismo título, de Ben Hecht y Charles MaCarthy, de 1928. Es interesante recordar que Billy Wilder trabajó una etapa de su vida como periodista y que Ben Hecht fue reportero del Chicago Journal y del Chicago Daily News, además de corresponsal en Berlín tras la I Guerra Mundial. Graham Greene, asimismo, ejerció largamente de periodista y realizó entre otras tareas la de corresponsal para diversas revistas en los mismos escenarios en los que situó su novela *The Quiet American*. Igualmente otros de los autores de novelas sobre periodistas en el pasado siglo, como Evelyn Waugh o Albert Camus, entre otros, también ejercieron de periodistas.

frente a la justicia popular, y así sucesivamente). En nuestro caso ese objeto fue poco a poco decantándose en torno al principio que KOVACH y ROSENSTIEL (2003:59) recuperan recientemente con la máxima contundencia: lo que diferencia al periodismo de cualquier otra forma de comunicación es su “*desinteresada* [la cursiva es mía] búsqueda de la verdad”.

La decantación de este principio no resultó fácil, y aun cuando muchos periodistas lo seguían de forma intuitiva, tardó mucho tiempo en formularse de manera tan directa. La ocupación de informar sobre la actualidad de interés social había estado lastrada por la confusión secular con las actividades propagandísticas y la supeditación a intereses políticos, religiosos o institucionales. La emancipación del partidismo o de la parcialidad sufragada por terceros tardó mucho en siquiera vislumbrarse, y cuando no era el poder político o religioso era el económico el que alimentaba la mano de obra informativa. La historia del periodismo es básicamente una historia de esclavitud que arranca en la Antigua Roma con aquellos siervos que, al saber leer y escribir, eran enviados a la capital del Imperio por sus amos de las provincias, como “corresponsales”, para que les remitieran por carta las novedades de la política. La retribución que los corresponsales obtenían de otros patricios por una copia de las cartas originales –al no disponer estos otros de la suficiente riqueza con que costearse su propio corresponsal exclusivo-, permitía a dichos esclavos ilustrados ir ahorrando hasta poderse pagar la liberación. Oficio de esclavos era pues el recopilar noticias y conquista de la libertad el dejar de practicarlo (cfr. ALTSCHULL, 1988:5).

Con semejantes antecedentes puede entenderse que el compromiso único con la independencia de criterio en la tarea de informar constituyera la meta que, al margen de su dificultad, distinguiera la culminación del periodismo como profesión. Como recuerda entre otros Patrick CHARAUDEAU (2003:207-208): “La prensa a comienzos del XX era voz de un político o un partido y con el avance de la democracia se suponía que pasaba a ser espejo de las diversas palabras que circulan por el Espacio Público”. La democracia en efecto era el marco adecuado para que la necesidad de todos, acogidos a la legitimación del pluralismo, hiciera indispensable el sufragar un servicio de mensajes de actualidad válido para todos al mismo tiempo, sin favorecer los intereses de algunos por encima del resto. Los árbitros de la selección y determinación de los acontecimientos objetivamente más relevantes sólo podrían regirse por la búsqueda de la verdad de mayor trascendencia para el conjunto social -al margen de a quien beneficié-, mediante procedimientos de percepción y análisis técnicamente depurados y consensualmente reputados.

La posibilidad de ejercer una profesión de estas características chocaba sin embargo desde el triunfo de las filosofías post-kantianas, y de manera especial desde la disolución postmoderna de toda noción de verdad, con un escepticismo epistémico en apariencia insalvable: Si toda “verdad” es una construcción discutible y la objetividad una falacia, cualquier pretensión de certeza y de asepsia de unos supuestos campeones de la equidad desinteresada estaría siempre condenada al fracaso. O sólo sería una hábil manipulación de subjetividades camufladas.

La aparición de un clima intelectual de crítica a los radicalismos del relativismo irracionalista o postmoderno, al que responde en el ámbito periodístico la citada obra de Kovach y Rosenstiel, permite situar en términos más ajustados y sin complejos el problema de la realidad objetiva y la verdad periodística. Ni se trata de creer inocentemente en un universo de verdades inmanentes y dogmáticas, ni tampoco de negar que al menos ciertos planos de verdad objetiva resultan perfectamente identificables e indiscutibles para la generalidad de los miembros de una sociedad y una época, en tanto que son seres humanos que comparten unas capacidades perceptivas básicamente idénticas. Haremos bien en discrepar respecto a los juicios de intenciones de unos actores sociales, la valoración moral de una acción, las consecuencias de una situación o incluso la validez de una teoría científica en fase provisional de acreditación por los especialistas, pero ese conjunto de realidades precarias y multifacéticas no constituyen en último término la materia prima del periodismo (en todo caso, le interesan como motivo posterior de un legítimo contraste plural de interpretaciones, o como aspecto preliminar que puede ser descrito como fenómeno del que se ocupan otros sujetos).

De lo que en esencia se ocupa o debiera ocuparse el periodismo, como brillantemente nos recuerdan los autores citados (2003, cap. II), es de un tipo de realidad o verdad literal, calificable también de grado cero de verdad, que es previo y resulta indispensable a cualquier interpretación subjetiva posterior: ¿Es un hecho o no es un hecho que el Presidente de Francia ha visitado hoy la sede de las Naciones Unidas y que en dicho acto ha expresado determinada afirmación? ¿Se ha producido o no determinado estallido de una bomba que ha ocasionado la destrucción de un edificio y la muerte de cierto número de personas?

Hasta la descripción integral de un partido de fútbol puede realizarse desde múltiples perspectivas sin que ninguna pueda pretender ser más indiscutible que las restantes, pero el resultado final, los autores de los goles, los nombres de los jugadores participantes y toda una serie de circunstancias formales del juego no sólo pueden establecerse sin género de duda, sino que será obligación de los auténticos profesionales de ese periodismo especializado identificar y recopilar ese conjunto de hechos con la suficiente exactitud y exhaustividad como para garantizar institucionalmente que nos ofrecen el relato acreditado de una pieza de la realidad y no una ensoñación ácido-lisérgica. Podremos estar de acuerdo en que la objetividad absoluta en dicha descripción supera las posibilidades del más excelente de los profesionales. Pero, como expresara Clifford Geertz<sup>7</sup>, con la objetividad al fin y al cabo sucede lo mismo que con la asepsia biológica,

<sup>7</sup>. Recordado por Daniel DAYAN, en “Los valores de mostrar. Televisión, actos de mirada y 11-S” (2004:110). Este mismo autor en el trabajo citado considera que la objetividad es un tipo de actuación narrativa que resulta pertinente y factible para las necesidades informativas de la esfera pública cuando se ejecuta como un compromiso del relator para su audiencia cumpliendo tres contratos específicos y externamente verificables: El contrato de legibilidad (identificando las reglas constitutivas de la interacción que se describe), el contrato de pertinencia (relatando todos los elementos necesarios –y sólo ellos-, que resultan indispensables para captar la situación que se describe: “No es necesario ser positivista –añade DAYAN (ibid., 112)-, para notar que la ausencia de ciertas informaciones cruciales y la abundancia de informaciones inútiles perjudican la comprensión de la situación”) y, finalmente, el contrato de distancia, tanto documental (mediante diversas

ningún científico en su sano juicio afirmará que la asepsia absoluta sea posible, pero no por ello a ningún cirujano se le ocurriría realizar operaciones en las cloacas.

Sin embargo, la asequebilidad esencial de la objetividad y la verdad, sin las cuales el periodismo queda condenado a la confusión con la ficción y las diversas formas de relato subjetivo, ha permanecido postergada y hasta despreciada durante las últimas décadas en los patrones modélicos del periodismo. Hasta el punto que la recuperación de tales conceptos que ofrecen los autores antes citados –y el nuevo clima anti postmoderno en que se basa–, sigue estando ausente de la mayoría de las reflexiones y referencias normativas dominantes entre los periodistas en ejercicio y sus centros de formación.

Al final de los años cincuenta del siglo XX, en efecto, y por diversas causas, algunas tan comprensibles como el cansancio ante un periodismo de mera transcripción de comunicados oficiales, los periodistas, que como decía, habían alcanzado para entonces una cierta consolidación como profesión, comenzaron a abandonar de manera vergonzante su ideal y su ascética de la objetividad. Quienes se dedican a esta actividad nunca amaron demasiado las especulaciones teóricas, por lo que, ante los primeros embates culturales sobre la relativización de cualquier noción de *verdad*, huyeron rápidamente de la menor discusión argumentada respecto al pilar fundamental de su recién conquistada independencia profesional. Como también lamentan KOVACH y RONSENSTIEL (2003:58), “más que defender nuestras técnicas y métodos para averiguar la verdad, los periodistas [en el último medio siglo aproximadamente] hemos tendido a negar su existencia”. Los integrantes del colectivo prefirieron dejarse llevar por la exaltación de la subjetividad, puesta de moda en todos los campos de la cultura y empezaron a practicar, por ejemplo, el llamado *Nuevo Periodismo*, una inserción en la descripción periodística de recursos literarios, recreaciones ficcionales y estímulos emocionales con los que “calentar” y hacer “más humano” el hasta entonces frío y aburrido relato de la actualidad<sup>8</sup>.

---

fuentes), como léxica. Frente al escepticismo radical de quienes consideran inviable dicho ejercicio en el periodismo, Dayan se pregunta: “¿Deben los periodistas comportarse como si ya fueran públicos defensores y sustituir su discurso con el de los grupos que defienden?”. A lo que él mismo se responde: “Esta patología en la indistinción de las voces y los argumentos se manifiesta en el momento en que ya no es posible saber ‘quién habla’”. Y concluye: “El carnaval bajtiniano debería interrumpirse donde empieza el periodismo, dejando lugar al intento de desenredar la madeja de las polifonías” (ibid., 113).

<sup>8</sup>. Aunque el movimiento llamado *Nuevo Periodismo*, surgido y desarrollado en Estados Unidos a partir de los años sesenta del siglo XX –y al margen de antecedentes rastreables incluso en el s. XIX–, comprende otras variantes (cfr. CHICOTE, Javier, 2006:29-33; JOHNSON, Michael, ed. 1975), la más reconocida ha sido la que reivindica la capacidad interpretativa del periodista y que emplea recursos literarios para generar un “relato de no-ficción” con fuertes recursos emocionales y una patente implicación subjetiva del reportero. La reivindicación de la máxima subjetividad del reportero como criterio más valorado tiene su máxima expresión en la versión más radical del *Nuevo Periodismo*, conocido como *Periodismo Gonzo*. Según recoge Xavier MAS DE XAXÀS (2005:319-320), la expresión fue acuñada por el director de la revista *Scanlan’s*, para calificarlo de “tonterías” –gonzo deriva del italiano gonzagas, con el citado significado–, cuando el redactor Hunter Thompson le envió su reportaje “Miedo y asco en Las Vegas”, en 1970, sobre una carrera de caballos a la que había sido enviado. Como el periodista no fue capaz de elaborar una información estructurada y sintética, se limitó a numerar las hojas de su cuaderno de notas y enviarlas tal cual a la redacción. Él pensó que sería despedido, pero se llevó la sorpresa de que a su director y a los lectores les gustó. En el *periodismo Gonzo*, que se inspira en este primer caso, “todo se filtra a través del reportero, -como aclara Mas de Xaxàs–, con el propósito, sin embargo, de mantener la primera impresión, la buena, la más pura y la más condicionada por la subjetividad.”

### 3. El subjetivismo de la honestidad como inicio de la devaluación de los estándares profesionales

La afirmación de que la objetividad es imposible y en consecuencia el periodista debe mejor conformarse con pretender ser honesto, empezó a repetirse como un mantra por todas las escuelas de periodismo y sigue en la boca de la mayoría de quienes presumen ser maestros o gurús de periodistas<sup>9</sup>. La *honestidad*, en cambio, es un valor que goza de muy buena prensa pero se trata de un fundamento mucho más blando e insuficiente para garantizar la exactitud y validez de una información. El informador henchido de *buenas intenciones* puede ser un desastre si no es capaz de *verificar* que los datos o explicaciones que obtiene son ciertos y completos –o más ciertos y completos que otras posibles versiones-, si no maneja procedimientos eficaces para distinguir un rumor delirante de una noticia contrastada. Y lo que es peor para él y su colectivo profesional, si se conforma con ser veraz en lugar de esforzarse en acercarse a lo verdadero<sup>10</sup>. Si la honestidad es el único criterio para juzgar los resultados de su trabajo, cualquier persona bien intencionada dotada de un instrumento de difusión de mensajes es tan buen periodista como cualquier otro, *cualquier tonto hace una cruz*, dicho en roman paladino. El derecho a la libertad de expresión se vuelve a confundir con la especificidad altamente cualificada del periodismo. La excelencia profesional –conjunto de competencias sistematizadas y rigurosamente aplicadas-, se diluye o se reinterpreta como simple capacidad de producir relatos sobre la actualidad que provoquen emoción e impacto a nutridos grupos de audiencia, sin importar el grado de distorsión, invención o sectarismo que puedan contener.

Precisamente una de las transformaciones más extendidas del periodismo mundial de los últimos tiempos es lo que se ha dado en llamar el *infoentretenimiento* y la *tabloidización* de la cobertura periodística (HALLIN, 1997): el rancio *Nuevo Periodismo* queda en juego de niños al lado de las últimas adicciones de espectacularidad, impacto dramático y sentimentalismo con el que se mezclan hoy día muchas informaciones para evitar por encima de todo el aburrimiento y el consiguiente abandono de la audiencia. Autores como Dan Hallin llaman a este fenómeno *tabloidización* (1997: 130 y ss.)

<sup>9</sup>. Coincido plenamente con Arcadi ESPADA (2006a:62) cuando dice: “[Hay] una creencia desmoralizadora y que forma parte del pensamiento hoy hegemónico en nuestra oficio, al menos en España: la creencia de que los hechos no pueden narrarse con independencia de las convicciones. Es decir, la creencia de que la objetividad no existe y de que la verdad narrada es inexorablemente relativa. Sin objetividad ‘no hay ciencia ni técnica ni gobierno competente’ para decirlo en palabras de Mario Bunge. Pero al parecer sí hay periodismo. Se comprende. Porque los periodistas alfabetizados (más o menos) en la sentencia de que la verdad es una ilusión no insistirán demasiado en ir a buscarla.”

<sup>10</sup>. Como también señala Arcadi ESPADA (2006a:63), “la verdad como asunto relativo es además la robusta base teórica del periodismo de declaraciones [...]. Dado que las convicciones son incompatibles con el oficio, el periodismo solicitado es de tabla rasa. La tradición novelística los quería cínicos. Hoy no deben pasar de la indolencia. La falta de convicciones es hoy (aunque quizá lo haya sido siempre) el camino más corto para prosperar en el oficio”. Curioso camino, añado yo, en el que el relativismo intelectual y moral de partida abre la puerta después a la práctica de una gran subjetividad apasionada, no al servicio de la búsqueda de la verdad, sino de las directrices propagandísticas de los amos de turno.

porque implica la contaminación del periodismo genuino con los procedimientos de la prensa tabloide sensacionalista. La vieja distinción entre prensa de élite y popular desaparece y toda la información de actualidad, sobre todo en los medios audiovisuales, se tiñe de populismo. No es extraño, por ello, que las secciones de sucesos, deportes y espectáculos ocupen cada vez mayor extensión y prioridad en las rejillas de los programas informativos de televisión y radio. Incluso lo poco que va quedando de información sobre cuestiones políticas e institucionales, se pasa previamente por el tamiz de la personalización, la emotividad y el escándalo.

Todo esto implica una alteración radical de los viejos postulados de la verificación, en términos de mayor cercanía a la verdad, sobre las cuestiones de auténtica trascendencia para una sociedad. Pero tales relajamientos se justifican con un discurso que pretende legitimarlos por encima del mostrenco comercialismo que en realidad les alienta. Se defiende así, no sólo que el público prefiere este otro tipo de información, sino que una información analítica, contrastada, depurada y distanciada, sobre los asuntos de profunda envergadura social resultaría elitista y ajena a los problemas, preocupaciones e intereses de la gente corriente. Se plantea que la vida cotidiana que afecta o interesa a la mayoría de las personas, está dominada por los crímenes, accidentes e incidentes que pueblan las calles, y carece de sentido insistir en las decisiones de los despachos. Si es natural que la gente se conmueva con la desgracia de una mujer maltratada o con las víctimas de un atentado terrorista, es sobre las reacciones de esas personas sobre las que debe centrarse el periodismo, mostrando sus emociones y haciéndose partícipe de su dolor. El periodista –ya nada impasible–, contribuirá a la catarsis colectiva y habrá cumplido la función de acercar al público a la realidad social, promoviendo acciones de solidaridad y empatía.

Frente a un programa de apariencia tan samaritana el citado HALLIN (1997:138-139), nos recuerda que las presentaciones pasionales o compasivas de los dramas humanos particulares pueden producir ríos momentáneos de conmiseración colectiva –y subidones de audiencia–, pero en realidad contribuyen muy poco a la aclaración de las causas y los contextos estructurales que las provocan o sostienen, y menos aún a la reflexión más eficaz sobre correcciones institucionales y de larga proyección. No es recreándose lacrimógena o airadamente sobre el drama, desencajado de cualquier contraste analítico y ecuanimidad intelectual distanciada, como se puede alcanzar la conciencia más necesaria de los problemas y las soluciones de fondo<sup>11</sup>. Aunque

<sup>11</sup>. “Una víctima particular de una violación –escribe HALLIN (ibid:139) refiriéndose a la prensa tabloide o basada en el ‘realismo cotidiano’–, puede que obtenga atención, pero una asociación dedicada a la defensa de los intereses de las víctimas de violación tiene muchas más probabilidades de recibir cobertura en el periodismo tradicional. Como sus antecesores en la prensa populista, los nuevos programas sensacionalistas de audiencia masiva suelen ser de mentalidad bastante tradicional [...] Hay un montón de razones para sentir preocupación por los efectos de la ‘tabloidización’ sobre el conjunto de la cultura. Esos programas de sucesos dramáticos, se basan fuertemente, por citar un ejemplo, en la explotación y amplificación del miedo”. Sobre el mismo aspecto, el periodista español Xavier MAS DE XAXÁS (2005: 72) comenta: “Se llora con facilidad y la emoción, buena vendedora de empatías, no es una aliada fiel del periodista. Traiciona fácilmente lo que vemos. No nos informa. Camufla lo evidente y exalta lo preconcebido”.

también hay que reconocer que la observación concreta de algunas situaciones dramáticas sirve para que la sociedad despierte de su indiferencia, hay que añadir de inmediato que la acción social quedará inerte o fluirá tan sólo en la dirección de las pasiones más elementales (linchamiento y caos), si el espejo periodístico de la realidad opta por la acumulación indiscriminada de las manifestaciones más impulsivas y el propio periodista se convierte en protagonista mimético de las mismas.

Esas tendencias que imperan en el a su vez dominante mundo de la crónica negra y rosa, a menudo mezcladas<sup>12</sup>, son cada vez más comunes en la propia crónica política. España proporcionó una inclinación preocupante hacia ello, tras los atentados del 11 de marzo de 2004. Algunos reporteros de la SER y Canal Plus, y en menor medida de otras cadenas, que comentaban en directo desde los lugares de las concentraciones la protesta contra el Partido Popular en la tarde y noche del 13 de marzo, o que recogían a pie de urna al día siguiente las reacciones de votantes airados contra ese mismo partido, quizá creían estar escribiendo una de las páginas más gloriosas del periodismo libre español, al tiempo que, o precisamente porque, se sentían ellos mismos protagonistas de la Historia con mayúsculas.

Cabría aceptar la legitimidad de su libertad si pasamos por alto las restricciones legales entonces burladas que sobre la jornada de reflexión y el día de la votación establece nuestra legislación electoral. Pero sólo el olvido de los principios de la *desinteresada* y *distanciada* actividad informativa puede hacer pasar por periodismo profesional, la agitación propagandística –y no otra cosa– que las narraciones épicas y vehementes, las presentaciones en primerísimos planos y con sonido directo de los manifestantes más furibundos (sin apenas contraste o intervención de distanciamiento periodístico), mostraron en aquellas horas algunas de las intervenciones de los referidos informantes<sup>13</sup>.

<sup>12</sup>. La cobertura periodística del duelo por la muerte de Lady Di y sus consecuencias es un ejemplo paradigmático, como pone de manifiesto la película de Stephen Frears, *La Reina* (2006).

<sup>13</sup>. Sobre el papel jugado por los diversos medios en la cobertura del 11-M ha habido interpretaciones muy diferentes. Desde la crítica expresada entre otros por SAMPEDRO ET AL. (2005) por lo que ellos consideran insuficiente seguimiento en directo de los acontecimientos, a la que en cambio he expresado yo (DADER, 2006 y 2007), justamente por lo contrario, de acuerdo con los mismos razonamientos que aquí repito. Siendo más precisos respecto a la cobertura informativa en aquellas horas de los informadores de la SER y CNN-Plus, hay que matizar, que no todos mantuvieron ese tono de “agit-prop”, y las informaciones desde los lugares de las manifestaciones fueron en bastantes casos calificables de necesarias, correctas y ‘profesionales’. Pero hubo también actuaciones de “calentamiento” de la audiencia, como la toma de declaraciones a manifestantes, con sonido directo en la ‘Jornada de Reflexión’, hablando de “la manipulación repugnante del gobierno” (Programación de la SER, entre las 20.00 y las 21.00 del día 13, [www.cadenaser.com/static/especiales/2005/sonidos11\\_14/dia13.html](http://www.cadenaser.com/static/especiales/2005/sonidos11_14/dia13.html), (página última vez consultada en enero, 2007); hubo narración en directo desde la calle Génova de Madrid, en tono vibrante, de los inicios de la concentración de manifestantes del día 13, a las 18.30; en otras conexiones desde diferentes ciudades se anticipó las horas de nuevas concentraciones y lugares –información movilizadora–; o en el caso de Canal Plus, se difundieron imágenes en directo, con planos lo suficientemente cercanos como para escuchar todo tipo de descalificaciones –en la Jornada de Reflexión– contra el Gobierno y su partido. Como un ejemplo del tipo de distorsiones que algunos de esos informadores introdujeron en su relato de los hechos, puede recordarse, en la misma franja horaria arriba citada el siguiente episodio: Hacia las 20.15, la SER interrumpe su programación deportiva para ofrecer en directo la rueda de prensa del Ministro del Interior,

#### 4. El retorno al periodismo pasional y políticamente dependiente

La pasión política ha vuelto a contaminar el periodismo, probablemente como consecuencia final de ese conjunto de abandonos y confusiones que en los últimos cincuenta años se vienen acumulando. Este movimiento afecta en un rápido retroceso a los periodismos de países como los mediterráneos, latinos y del Tercer Mundo, cuando apenas iniciaban la emancipación de su secular encadenamiento a la dependencia y el paternalismo político (cfr. HALLIN y MANCINI 2004)<sup>14</sup>. Pero también está irrumpiendo con fuerza en los países anglosajones, que mucho antes habían instaurado y ofrecido como modelo profesional el distanciamiento y la metodología para una objetividad razonable.

Como dicen también KOVACH y ROSENSTIEL (2003:60 y ss.), refiriéndose al protagonismo alcanzado en Estados Unidos por el grupo radiofónico McLaughlin –ilustrable con otros ejemplos como el de la Cadena Fox–, parece triunfar entre las audiencias un nuevo tipo de información política que se esfuerza en proporcionar una sola versión de la realidad, ocultando las restantes, o que resalta de tal manera el derecho a la opinión (sólo de las coincidentes con sus intereses), que “la verificación [como requisito previo a cualquier deliberación] ha quedado en un segundo plano” [cuando no arrumbada por completo]<sup>15</sup>. “Periodismo sin información” ha llamado recientemente a este fenómeno el profesor de la Complutense Félix Ortega. Bien es

---

Acebes, en la que da cuenta de las detenciones de varias personas de origen indio y marroquí. Ante una pregunta sobre si ello cambiaba la línea de investigación prioritaria del gobierno y la policía, el ministro responde: “Yo creo que no debemos descartar nada, como hemos hecho desde el momento en el que a la policía le damos la instrucción de continuar por todas las vías posibles y por las dos que tenían indicios para poder investigar. Por tanto yo creo que no se debe descartar nada. La policía va a seguir trabajando y va a seguir investigando en todas las vías”. Sin embargo, el locutor de la SER, emisora que desde unas horas antes había anunciado que el CNI investigaba ya “al 99%” sobre la pista islamista –lo cual había sido desmentido por el máximo responsable de dicho organismo–, traduce poco después para su audiencia las declaraciones de Acebes: “Los servicios informativos de la SER lo vienen contando desde primera hora de la tarde, que la línea de investigación ya era en un 99,9% el extremismo islámico y no la banda terrorista ETA. Así lo ha confirmado 20 minutos después de que lo hubiéramos dicho en estos micrófonos el Ministro del Interior”. Lo manifestado por el ministro es convenientemente adaptado a lo que la emisora necesita para no rectificar ni un ápice su exageración de partida.

<sup>14</sup>. Sobre el sometimiento de los periodistas españoles durante el franquismo de los años 50 y 60, nada más contundente que lo escrito por Carlos Luis Álvarez, CÁNDIDO (1976, citado en R. SERRANO, 2006:28): “Los periodistas éramos como bufones, yo también, sin más cometido que desviar la atención del público del gran banquete canibalesco en el que estaban ocupados los vencedores. Éramos la desoladora institución de la claqué al servicio de una gloria exclusiva que ni siquiera tenía la decencia de lavarse las manos”. De manera más genérica, el periodista francés Serge HALIMI (2000:79) comenta: “Los periodistas han sido casi siempre encerrados en un corsé de coacciones. En el siglo pasado, la libertad de prensa ya pertenecía a aquellos que poseían una; para los otros se trataba de ‘pobres, hagan silencio’”.

<sup>15</sup>. “Éstas nuevas características –añaden KOVACH y ROSENSTIEL (ibid.:65)– de lo que hemos llamado *Mixed Media Culture* [Cultura de los Medios Revueltos] están desplazando la función clásica de la prensa, que consiste en publicar una relación veraz y fidedigna de los sucesos del día, y dando lugar a un nuevo periodismo de la interpretación opinativa que se está imponiendo de manera aplastante al viejo periodismo de la verificación”. Y concluyen (ibid.:66-67): “Un periodismo más interpretativo sólo puede servir para sumar decibelios a la cacofonía imperante y desviar la atención hacia el nivel menos tangible de la verdad, ese nivel que tiene que formar parte del proceso de discernimiento después de que los hechos hayan quedado establecidos”.

verdad que en otro ejercicio no menos falto de ecuanimidad que el de los periodistas criticados, este autor y sus compañeros de autoría en el citado libro colectivo señalan con el dedo acusador a los periodistas de la COPE, *El Mundo* y otros medios identificados con la derecha –o del pseudoperiodismo rosa–, pero sin atreverse a molestar la inmaculada imagen del periodismo nacionalista o del principal grupo mediático español, el al parecer dialécticamente intachable Grupo PRISA.

El periodista pasible, políticamente devuelto a la esclavitud pre-profesional del sectarismo político-ideológico –aunque feliz ahora, al parecer, de su condición, dado el entusiasmo con el que ejercita su condición de esbirro de los intereses de una empresa o un partido–, destaca especialmente en el panorama español<sup>16</sup>. Como escribe Arcadi ESPADA (2006b), “siendo tradicionalmente los periodistas *chiens de garde* confunden al amo. Y pasan de servir a la sociedad en su defensa ante el poderoso a servir al poderoso en su defensa ante la sociedad”<sup>17</sup>. La agresividad con que fustigan a los personajes e instituciones que aborrecen sobrepasa ampliamente el umbral de la crítica legítima y el desvelamiento de corrupciones reales, transformando la denuncia de un honorable *periodismo de la indignación o la cólera*, de amplia tradición internacional<sup>18</sup>, en burda denigración o descalificación tabernaria. En otras ocasiones, sin llegar tan lejos, su problema consiste en publicar informaciones basadas exclusivamente en las versiones aportadas por una fuente, sin ni siquiera conjeturar la posible existencia de versiones distintas que obligarían a matizar la primera y sin distanciarse tampoco de la “fuente amiga”, al emplear la simulación de un narrador objetivo de apariencia omnisciente que otorga credibilidad absoluta a lo narrado por un único y parcial proveedor de “hechos”.

Son abundantes las denuncias de nuestros intelectuales y académicos respecto a los abusos en dicho sentido de una serie de comunicadores y periodistas de medios afines al Partido Popular y su entorno, de la COPE y *El Mundo* de manera especial. El acierto de una parte importante de esas acusaciones no debiera impedir analizar con mayor

<sup>16</sup>. Según el *Informe Anual de la Profesión Periodística 2006*, el amarillismo de la prensa rosa y el partidismo y falta de objetividad de los periodistas son los problemas que más destaca en nuestro periodismo una encuesta nacional de españoles (Cfr. FERNÁNDEZ, Ángel, 2006).

<sup>17</sup>. Escribía esto Arcadi ESPADA en relación con el silenciamiento que prácticamente todos los grandes medios españoles habían deparado al nuevo partido *Ciudadanos por Cataluña* durante el proceso electoral catalán de ese otoño, Según Espada, puesto que ese nuevo partido político carecía de algún medio periodístico de respaldo, en lo único en que habían estado de acuerdo todos los grandes medios, rígidamente compartimentados por sus respectivos clientelismos políticos, era en preservar el statu quo de los partidos ya consolidados y tratar de evitar la irrupción de un nuevo competidor. Ello a pesar de que, como también recuerda el mismo periodista, “la única justificación atendible de los medios es la realidad”.

<sup>18</sup>. Cfr. por ejemplo, PROTESS, David, et al. (1991): *The Journalism of Outrage: Investigative Reporting and Agenda-Building in America*. New York. Guilford Press. Este periodismo reivindica el derecho a la pasión, en el sentido de irritación ante lo indigno, pero tras la demostración con todo rigor y frialdad de los hechos que denuncia, y tomando partido, no por unos grupos organizados u otros, sino por las gentes de a pie, perjudicadas por las irregularidades o corrupciones que desvela. Se trata de un periodismo que toma partido por la sociedad frente a los poderosos, como recordaba Arcadi Espada en la cita anterior, y que al menos es Estados Unidos ha solido utilizar la máxima de investigar la realidad social para ayudar al afligido y afligir al poderoso.

profundidad la complejidad del problema, poniendo de relieve, ya de paso, la contaminación de sectarismo y simplicidad interesada que también demuestran muchos de nuestros intelectuales cuando analizan este fenómeno, así como el de amplios sectores de la opinión pública en España<sup>19</sup>. Lo que nos llevaría a reflexionar sobre si el sectarismo padecido por nuestros desprofesionalizados informadores no es más que el reflejo forzado de una cultura dominante intensamente sectaria, en la que público y medios pasionalmente sesgados mutuamente se retroalimentan<sup>20</sup>.

La complejidad antes aludida se refiere a que los excesos de pasión y militancia del periodismo español *antiprogre* –con situaciones innegables de ausencia de verificación, silenciamiento de los datos o versiones contrarias, y otras taras como la denigración y el insulto a sus adversarios–, son esgrimidos por sus oponentes y por muchos de quienes se presentan como intelectuales referentes de una dignidad moral superior, para deslegitimar y tratar de anular, en un opresivo ejercicio de estigmatización, el derecho a la crítica de cualquier disidente. Las noticias confirmadas y las críticas legítimas que también informadores de *El Mundo*, la COPE y otros medios afines aportan (y que resultan imprescindibles si se aspira a un mínima claridad sobre los avatares de nuestra actualidad) tienden a ser sepultadas bajo el repudio genérico de su origen, con el viejo recurso retórico de la descalificación *ad hominem*. Al otro lado de la trinchera dialéctica, pues en estos términos parece plantearse el paisaje del pseudopluralismo político-informativo español, un cierto establishment periodístico-cultural, de apariencia más sofisticada (“nosotros tenemos el corazón podrido, pero la manicura perfecta”, me confesaba hace ya unos años un redactor del *El País*), pretende preservar a toda costa, como emanación superestructural de un entresijo de poderes políticos y económicos, el incuestionado estanque dorado de unas pseudoverdades políticamente correctas, no menos sesgadas –a veces incluso más–, que las que ellos repudian.

El supuesto terrorista suicida de uno de los trenes explosionados en los celeberrimos atentados de Madrid, que diversos informadores de la Cadena SER estuvieron mencionando como primicia desde la noche del 11 de marzo de 2004 y en los informativos de la mañana del 12, nunca existió, según han declarado luego inequívocamente los forenses oficiales del caso. Los reporteros y locutores de la SER hablaron, sin embargo, de que “tres fuentes distintas de la lucha antiterrorista” se lo

<sup>19</sup>. “Han crecido la corrupción y el fulanismo, tan evidentes en esa otra especie de basura mediática en la que algunas emisoras de radio se han convertido –con singular protagonismo, la que es propiedad de los obispos católicos.”, escribe por ejemplo Juan Luis CEBRIÁN (2006:13) sin un átomo de crítica para los representantes de su grupo mediático, PRISA.

<sup>20</sup>. Al respecto de ello, sobre una circunstancia concreta, escribe Raúl DEL POZO (*El Mundo*: “Degüello de Bambi”, 6-1-2007, p.5): “Ha llegado el gran momento para los predicadores, los fanáticos, los agentes electorales, los comisarios, los ‘gapones’ y ‘savonarolas’. Cada cual sale a la calle con la soga escondida, cada cual saca el garrote goyesco en las tertulias, con los pies atados a la obediencia de los partidos. Y se busca el cabrito para degollar, en este caso un Bambi. La política vuelve a entenderse como una teología aplicada; e incluso en el partido de la mayoría se explora su accesorio.”

habían confirmado y aportaban detalles como que “las fuentes consultadas por la SER confirman que una persona [cuerpo del supuesto suicida] llevaba tres capas de ropa interior y estaba muy afeitado, una práctica muy habitual entre los comandos suicidas islámicos”<sup>21</sup>. Tal rumor en realidad sin confirmar, fue repetido entre otros por el periodista tótem de dicha Cadena, Iñaki Gabilondo, con el único contraste de que “el gobierno lo niega”<sup>22</sup>, y tuvo una importancia crucial en las primeras horas de generación del clima de desconfianza por las supuestas “mentiras” del Gobierno del PP. Aun cuando se aceptara benévola que el desliz hubiera respondido a un simple –aunque grave– error profesional, las disculpas emitidas debieran haberse aproximado a la repercusión generada. En los grandes medios estadounidenses, las invenciones o informaciones luego desmentidas de algunos reporteros han supuesto el despido fulminante y notorio del autor del desaguisado, e incluso algunos directivos han dimitido por su responsabilidad genérica al no detectar el error a tiempo, cuando una fuente fraudulenta les ha engañado<sup>23</sup>. Aquí la emisora y su grupo mediático, en lugar de hacer público al menos un comunicado extenso y contundente de autocrítica se concentra en descalificar los abusos de sus competidores, pero sigue guardando un ominoso silencio sobre su propia chapuza.

No es ese sin embargo el único ejemplo de actuaciones recientes de difícil justificación profesional de periodistas del Grupo PRISA: La utilización de transcripciones –ni siquiera las grabaciones directas– facilitadas por una fuente interesada –personal no identificado de instituciones penitenciarias–, de conversaciones en la cárcel de un imputado por los atentados del 11-M –Emilio Trashorras–, mediante frases aisladas y en un contexto muy determinado, bastaron a los periodistas de *El País* J.M. Romero y Ernesto Ekaizer, así como a los autores anónimos de un editorial de su periódico, para acusar al diario *El Mundo*, sin ninguna otra prueba, de que este segundo periódico habría pagado al mencionado detenido por realizar declaraciones inventadas y sugeridas por el periódico con las que apoyar las tesis de *El Mundo* sobre lo sucedido en torno a aquellos actos terroristas<sup>24</sup>.

<sup>21</sup>. Cfr. [www.cadenaser.com/static/especiales/2005/sonidos11\\_14/dia11.html](http://www.cadenaser.com/static/especiales/2005/sonidos11_14/dia11.html) e *Ibid.* ...dia12.html, (páginas última vez consultadas en enero, 2007). Cfr. también, *El Mundo* (2004): “72 horas de ‘agit prop’ en la Ser”, *El Mundo*, 21 de marzo, p. 18-20,

<sup>22</sup>. En otros momentos de los mismos informativos el periodista Iñaki GABILONDO introducía el matiz de “Fuentes de la lucha antiterrorista han apuntado a la Cadena SER la posibilidad de”, pero sin rectificar expresamente las afirmaciones anteriores y dándoles de nuevo publicidad.

<sup>23</sup>. Dan Rather, por ejemplo, presentador y editor del principal informativo de la cadena CBS, adelantó su jubilación, –en lo que se consideró una renuncia motivada por este hecho–, dos meses después de que presentara un reportaje con pruebas supuestas y que luego se revelaron falsas, del hipotético tráfico de influencias utilizado por George W. Bush para acortar su servicio militar (cfr. CALVO, José Manuel (2004): “El último telediario de Dan Rather”, *El País*, 24-Noviembre, p. 72. Para un mayor detalle de lo sucedido en este caso, Cfr. MAS DE XAXÁS (2005:211 y ss.)

<sup>24</sup>. ROMERO, J.M. / EKÁIZER, E. (2006): “Mientras ‘El Mundo’ pague, les cuento la Guerra Civil. Las conversaciones en la cárcel de Suárez Trashorras, el minero procesado por los atentados”, *El País*, 13-Septiembre, pp. 1, 24 y 26. La información sobre el supuesto pago no presenta más indicio que las citadas transcripciones de una conversación con familiares, de unos meses antes, de cuya lectura se deduce además que es un exabrupto por la lectura en aquel periódico de otras imputaciones realizadas a *El Mundo* contra

El caso de las conversaciones grabadas bajo autorización judicial a un confidente policial con el periodista de *El Mundo* Fernando Lázaro, y divulgadas en su transcripción literal por *El País*, cierra este mínimo muestrario de actuaciones del grupo PRISA no ya apasionadas, sino muy poco amparables por la ética profesional. Este último atropello se presenta a primera vista como una revelación de interés noticioso –la supuesta conspiración de un periodista con un policía para dañar la imagen del gobierno–, y dentro de la estricta legalidad –por cuanto la conversación transcrita forma parte de un auto judicial hecho público–. Sin embargo una vez leídas esas transcripciones –sólo difundidas mediáticamente por el Grupo PRISA<sup>25</sup>, se comprueba, como ha denunciado la Federación (Española) de Sindicatos de Periodistas<sup>26</sup>, que las conversaciones reproducidas en su literalidad “no aportan nada a la noticia y lo único que hacen es divulgar datos privados sobre la manera de trabajar de un profesional”.

En efecto, no sirven para demostrar ninguna conspiración en la medida en que el juez no niega que los datos revelados por el confidente sean ciertos, y que son aportados libremente por la fuente con el móvil suficiente, ¡en qué acción humana no caben motivaciones diversas!, de dar a conocer una información con importancia pública, pero más o menos oportuna para otras actuaciones institucionales. Mediante dicha violación innecesaria del secreto profesional de un colega quedó patente una manera coloquial poco afortunada de mostrar respaldo al confidente por su revelación de hechos que sí pueden ser de interés general (aunque también incurría este reportero en pasibilidad en su tratamiento de la información). Pero en todo caso, la euforia privada de este reportero no será muy distinta de las empleadas en sus contactos personales por cualquier otro periodista, ni parece probable que los redactores de *El País* consideraran un saludable y fomentable ejercicio de transparencia el que se revelaran sus propias conversaciones con las fuentes que ellos mismos contactan<sup>27</sup>.

---

Trashorras por otro declarante. A lo anterior se añade la coincidencia argumental de las nuevas declaraciones de Trashorras con las tesis ya divulgadas previamente por el diario *El Mundo* y de ello los periodistas concluyen que dicho medio debió pagar por unas declaraciones amañadas. Tan débiles evidencias no impiden al editorial de cabecera de ese día (“A cualquier precio”, *El País*, 13-septiembre, 2004, p. 14) dar lecciones de periodismo urbi et orbe: “Pagar a alguien, a un delincuente, por ejemplo, para que declare a un periódico lo que se le indica que diga, o lo que él sabe que quien le paga desea que diga, es amarillismo. [...] es una actitud repugnante”, etc.

<sup>25</sup>. Al menos que este autor tenga constancia.

<sup>26</sup>. FeSP (7-diciembre-2006): “La FeSP rechaza que se implique a los periodistas en los conflictos entre empresas. <http://fesp.org/comunicados2.php?id=108> Consultado el 10-1-2007.

<sup>27</sup>. Quizá por ello el periodista de *El País* que aporta la información principal, se limita a reproducir una expresión entrecomillada del redactor de *El Mundo* investigado por el juez (José YOLDI (2006): “El fiscal reclama prisión para los policías implicados en el montaje sobre el 11-M”, *El País*, 5-diciembre, p. 21). Pero es en otras piezas periodísticas, y sin mención de autoría –recurso que por cierto es muy utilizado en este periódico cuando los textos pudieran resultar polémicos o de valor ético dudoso–, en las que se reproducen minuciosamente las conversaciones privadas del periodista y su fuente. Así lo hizo en sendos sueltos periodísticos, primero la versión electrónica de *El País* (Sin firma, “Mañana va en primera ‘a to trapo’ y metiendo mucho ruido”, *El País.com*, 6-XII-2006), y días más tarde, también sin firma, la edición de papel, con otra de las conversaciones grabadas (*El País*, “[Mi jefe] ha obligado a entrar a Rajoy en el tema”, *El País*, 16-12-2006, p. 26). Además, el editorial titulado “La estrategia del ruido” reproducía algunas de las frases del reportero de *El Mundo*, extraídas de esas grabaciones (*El País*, 7-12-2006, p. 12) y las utilizaba como munición, dentro de otra descalificación general y sin paliativos de *El Mundo*, con manifiesta eliminación de cuantos datos no resultan convenientes al planteamiento del editorialista de *El País*.

La selección de estos ejemplos vergonzantes de *El País* y la SER, sin el equilibrio de otros ejemplos igualmente criticables de medios antagónicos de éstos, no es caprichosa. La considero necesaria para resaltar por una vez los desmanes de anti-profesionalidad cometidos por el grupo líder de audiencia en prensa y radio de España. Dicho grupo, con la colaboración de bastantes académicos e intelectuales se permite –y se permiten– a menudo el desprecio moral respecto a los excesos de sus adversarios mientras juzgan con angelical benevolencia –o mejor aplican el silencio corporativo– a desmanes tan notorios como los que acabo de reseñar. El “espíritu de clan o de jauría”, según las circunstancias, que en la constitución de “núcleos fuertes” de patronazgo mediático cultural denuncia en el ámbito francés, Serge HALIMI (2000: 123-135), tiene en el caso español un claro exponente en torno a la coalición de afamados intelectuales progresistas con el grupo PRISA, a la hora de generar lo que el comunista Paul Nizan llamaba en los años treinta, “conceptos dóciles”<sup>28</sup>. Y uno de los más dóciles de todos es el que establece sin duda posible que resulta escandaloso el grado de amarillismo y denigración que las máquinas mediáticas conspirativas de la derecha ponen en circulación en España, mientras los ñakisgabilondos, juanlisescebrianes y otros de su estirpe pasan por ser el faro del periodismo que merece el mayor de los respetos.

El periodista impasible que dominaba la escena de mediados del siglo XX podía ser un cínico o desencantado observador, pero conservaba el idealismo profesional de mantenerse *distante* y *separado*, como Cuarto Poder que vigila a los otros tres y cualesquiera otros poderes sociales. El *perro guardián* periodístico observaba desde fuera a los actores ‘*insiders*’ de la política. Aquél no tendría por qué renunciar a su legítima inclinación hacia la política, pero ejerciéndola en forma de descripción y análisis independiente, con la eficacia inigualable y hasta el placer reposado que otorga la contemplación exterior de los peces de un acuario<sup>29</sup>. El periodista pasible es en cambio el que se ha involucrado, se cree él mismo un *insider*; y selecciona y comenta información al servicio o beneficio de un grupo político organizado<sup>30</sup>.

<sup>28</sup>. Paul NIZAN citado por HALIMI (2000:146).

<sup>29</sup>. Como dejara escrito el director del británico *The Times*, John Delane, en un recordado editorial de 1852, considerado como la primera expresión sintética de la noción del principio de vigilancia política independiente del periodismo: “La prensa vive de hallazgos...supeditado a contar la verdad tal y como la descubrimos sin miedo a sus consecuencias [...] la obligación del periodista es la misma que la del historiador: buscar la verdad, sobre todo tipo de asuntos, y presentarla a sus lectores, no como le gustaría a las gentes que organizan el Estado, sino la verdad tan cercana a cómo él haya podido alcanzarla” (Cfr. y reproducción en LOUW 2005:61).

<sup>30</sup>. Otro tipo de periodista pasible o “insider” del momento presente es el que denuncia el experimentado periodista Rodolfo Serrano en un interesante libro de reflexión sobre la profesión. Se trata del tipo comprometido con la defensa de los intereses de las industrias de diferentes grandes editoriales y consorcios del arte y la cultura: “Se ha vuelto –dice Rodolfo Serrano– a lo peor del mecenazgo. A la época en la que los nobles tenían contratados a sus bufones, a sus músicos, a sus poetas. Ahora se hacen camarillas, auténticos grupos mafiosos que sólo dejan entrar en ellos a determinados artistas. Cuadras de pintores, de escritores que se prodigan en los medios que les sustentan, no siempre sostenidos por sus obras. Alguna vez he sentido vergüenza ajena al ver hasta cuatro veces el nombre de algún brillante colaborador del periódico en distintas secciones de la misma edición” (SERRANO, 2006:94).

## 5. Las “noticias blandas” como única alternativa al periodismo pasional

Pero el cansancio y desinterés que el periodismo pasible genera en amplios sectores de la sociedad española ha contribuido sin duda a otra deformación periodística que en ocasiones se nos muestra como única alternativa. En las televisiones privadas, sobre todo, se practica cada vez más la sustitución de la actualidad política y de los asuntos de auténtica trascendencia social, económica o institucional por la nueva moda de las “noticias blandas”, es decir, de las triviales muestras del realismo cotidiano, páginas atrás señalado como emanación del *infoentretenimiento* y el periodismo *tabloidizado*<sup>31</sup>.

El afán comercial de conectar con un público mayoritariamente desinteresado por cuanto suene a complejidad institucional o enredos de los políticos, no sólo se resuelve a favor de noticias de crímenes, deportes, famoseo y situaciones de alto impacto dramático. El populismo mediático ha descubierto que otra de las cosas que más atrae a esos públicos de seguimiento ligero y efímero de la actualidad es la contemplación de sí mismo o de sus iguales en su rutinario tránsito por los ciclos del costumbrismo comunal. Bajo la falacia de ofrecerse como imprescindible espejo de la actualidad los boletines de noticias se pueblan de “noticias” sobre las altas temperaturas en verano, los fríos en el invierno, las largas caravanas de coches en los días festivos, los agobios de padres y niños en las fechas de regreso al cole, las colas de las rebajas... y tantas otras manifestaciones de la habitualidad social.

Parece como si el clásico –aunque discutible– principio de que noticia es un hecho insólito o infrecuente, ahora haya quedado sustituido por el imperio de la obviedad. La noticia más valorada pasa a ser la que repite en síntesis simbólica las clónicas preocupaciones del masivo minimalismo doméstico. Si decido ir a la playa, nada más extraordinario que contemplar en la tele cuánta más gente hace lo mismo, si imagino que los precios suben ante la llegada de la Navidad, nada como unos reportajes sobre los compradores en los mercados, si llueve es que llueve, si hay sequía es que hay sequía. El periodista no necesita ya romperse la cabeza con anticipaciones complejas ni con la dependencia siquiera de los gabinetes de prensa; basta pensar en los términos de la domesticidad más elemental para divisar un río de cotidianidades que cubrir. El público además es evidente que lo disfruta y, como apunta Xavier Mas de XAXÀS (2005: 224) “la gente compra diarios para leer lo que le hace feliz, aunque ya lo sepa”. Dicha felicidad no tiene por qué limitarse a noticias placenteras, basta que sean noticias con las que uno pueda identificarse: le hablan de lo que entiende puesto que se trata de su misma situación, cabe la posibilidad incluso de que algún vecino o conocido aparezca en la pantalla, y en cualquier caso será alguien que hace o dice lo

<sup>31</sup>. Este fenómeno ni mucho menos es privativo de España. Refiriéndose a Estados Unidos, el vicedecano de la Facultad de Periodismo de la neoyorkina Universidad de Columbia declaraba en una entrevista que allí “muchas organizaciones no cubrirán nunca asuntos serios. Hablan de famosos, atletas, celebridades...pero no cubren los temas de actualidad política, los problemas del medio ambiente, etcétera. Se dice que lo que existe ahora mismo en Estados Unidos es un periodismo *light*, como la Coca-cola *light*.” (Cfr. ATARES, M. L., 2006).

mismo que él<sup>32</sup>. *El síndrome del espejo*, le llama a esto un colega y amigo mío. Su fuerza es tal que, según me cuenta algún redactor de cadena televisiva, la fiebre del “directo” se ha instalado en las parrillas de noticias, al haber comprobado que un boletín con cinco o seis presentaciones de la gente corriente en los lugares de atracción, obtiene resultados de audiencia muy superiores que los boletines huérfanos de esta animación.

Esta es otra sutil manera de abandonar, tanto por parte de los ciudadanos como de los periodistas, el compromiso contraído en la Modernidad para prestar atención diaria a los asuntos que, por afectar de manera profunda a las condiciones sociales y ambientales de nuestras vidas, deberíamos conocer y analizar con el sentido cívico-político de cómo resolverlas mejor y a quiénes exigirles responsabilidades por ello.

## 6. Peligro del regreso al comercialismo extremo del “Estando de Noticias”

Quizá el periodismo profesional, que se atenía a dicha perspectiva y trataba de seguirla con rigor, no haya sido más que un paréntesis en la historia de nuestras organizaciones mediáticas. Ben Jonson, dramaturgo coetáneo de Shakespeare, es el primer autor del que se tiene noción que llevara la actividad periodística, al terreno de la recreación teatral. Los primeros *corantos*, u hojas informativas periódicas se vendían en Londres ya en 1620<sup>33</sup>, y en ese mismo año Jonson escribe la mascarada que titula *Noticias del Nuevo Mundo descubierto en la Luna*, cuyos personajes centrales son unos “factores” o “agentes de noticias” que traen a la tierra novedades fantásticas de la supuesta vida lunar. Con mayor extensión y similar tratamiento satírico desarrolla una visión descarnada del incipiente oficio en su obra de 1626, *The Staple of News*, traducida como *El comercio de noticias*, y que quizá se ajustaría mejor –por el tipo de expendedoría comercial que describe de aquellas casas de venta informativas- a la denominación de *Estando de Noticias*.

Javier DÍAZ NOCI (2002), el académico de periodismo y filólogo que ha traducido al español y comentado críticamente estas dos piezas, señala –en coincidencia con otros especialistas- que al igual que en otra obra anterior del mismo dramaturgo, el centro de la sátira se refiere a las imposturas del lenguaje y a cómo “la inflación verbal permite tanto a los periodistas como a los alquimistas buscarse la vida para sacar a sus clientes el máximo posible de dinero”<sup>34</sup>.

<sup>32</sup>. Sobre esto añade también MAS DE XAXÁS (2005: 225) que “la prensa anglosajona destina a sus mejores reporteros a explicar lo que sucede en el entorno inmediato de los lectores y acostumbra a llevar a sus portadas a miembros de la comunidad con una historia relevante para todos.” Aunque este periodista dice, en tono de queja, que esto no sucede en la prensa española, a la que acusar de seguir lastrada por la inercia de la política, la economía, etc., es evidente que la tendencia a las noticias cercanas con protagonistas o testigos de a pie, es cada vez más abundante en nuestros boletines informativos de televisión.

<sup>33</sup>. Aunque según el mismo traductor y comentarista de estas obras teatrales, (DÍAZ NOCI, 2002:x1), había ya precedentes esporádicos desde finales del XVI, como las “newsletters” con mezcla de hechos reales e inventados, distribuidas por el impresor y librero londinense, John Wolfe.

<sup>34</sup>. La cita es de Olivier QUERÉ, recogida por DÍAZ NOCI (2002:xxiv) en su “Estudio Introductorio” para la traducción que este académico realiza de las dos piezas teatrales de Jonson (cfr. DÍAZ NOCI, 2002 y JONSON, ed. 2002).

Retrata en efecto Ben Jonson el incipiente negocio de la fabricación y venta de noticias como una agrupación de oportunistas que explotan la curiosidad de la gente mediante la aplicación de sus habilidades narrativas y los nuevos utensilios de la impresión para despachar novedades creadas sin reparo en el propio taller y ofrecidas al mejor postor con la misma actitud del tendero que mercadea con hortalizas:

-¿Qué noticias le gustaría oír?

-¿De qué clase, señor?

-De cualquiera [...], mientras sean noticias, las más recientes que tengas. (JONSON, 2002:188).

Poco importa que los sucesos narrados sean un puro disparate, ya que los comerciantes del gremio han descubierto una sed popular a la que tan sólo importa la sorpresa. Por lo que dice otro personaje<sup>35</sup>:

-Daría ahora cualquier cosa por una buena copia, sea verdadera o falsa, con tal de que sean nuevas. (Ibid.: 64).

Y otro personaje solicita:

-Quisiera, señor, cuatro peniques de plata de noticias, no me importa cuáles, para llevar este sábado a nuestro vicario. (Ibid.: 118)

Pero hasta la novedad puede ser inventada, pues como recoge Díaz Noci en su estudio introductorio, Jonson alude a la práctica entonces habitual “de cambiar la fecha de las noticias para revenderlas como nuevas al cabo de un cierto tiempo” (DÍAZ NOCI, 2002:xxxix). Lo cual no resultaría difícil si las noticias más sensacionales que despachan los agentes en su Estanco resultan ser que el rey de España ha sido elegido Papa, que los holandeses han fabricado una anguila invisible para llegar buceando bajo el mar y atacar Dunquerque, y otras por el estilo (ibid.: 188 y 192).

Uno de los clientes que escucha estupefacto la oferta anunciada, pregunta:

-¿Es eso cierto?

-Tan cierto como el resto, replica el agente. (Ibid.: 194)

Jonson considera que la gente siente un intenso placer en creerse las mentiras que se confeccionan para ella por la fascinación que experimenta al verlas colocadas en ese envoltorio innovador: “Hay quien no tiene corazón –dice-, para creer nada que no haya visto impreso” (ibid.: 123).

Y en su intervención más directa –la exhortación dirigida a los lectores en la versión escrita, antes de iniciar el Acto III-, concluye:

Las noticias que aquí se venden no son sus noticias [las del autor] ni las de ningún hombre razonable, sino noticias hechas como noticias del tiempo (un

<sup>35</sup>. En este caso es de la mascarada *Noticias del Nuevo Mundo*. El resto de las citas son de *El comercio de noticias*.

cotilleo semanal para sacar los cuartos) que no pueden ser más duramente censuradas sino mostrando esta ridícula oficina del comercio, en la cual, la edad puede ver su propia locura, o hambre o sed de consumir panfletos, publicados cada sábado, y hechos todos en casa, sin una sílaba de verdad en ellos. (Ibid.: 183).

Cabría imaginar el escándalo que a Ben Jonson le hubieran producido los confidenciales en Internet o los vídeos de Youtube, pero sin negar tampoco la saludable contribución que estos medios alternativos a veces realizan al pluralismo informativo y la deliberación democrática, también es cierto que en ocasiones sólo aportan patológicas convulsiones de chismorre electrónico, como he denunciado, por ejemplo, en otros trabajos, en relación a una parte (subrayo, una parte) de lo sucedido en España entre el 11 y el 14 de marzo de 2004<sup>36</sup>.

La incidencia del *periodismo amateur* en Internet, junto con el potencial fenómeno de millones de ciudadanos desligados del vínculo a un periódico de credibilidad profesional, y enfrascados en la confección de anárquicos e individuales *Daily Me* (SUNSTEIN, ed. 2003) requieren otra conferencia completa. Pero el recordatorio de Ben Jonson sobre los orígenes del comercio del chismorre, antes del nacimiento de la conciencia ilustrada de una información cierta al servicio de la ciudadanía, nos debiera poner sobre aviso de a dónde podemos regresar si la convergencia del periodismo de pasibilidad sectaria y el infoentrenimiento derriba definitivamente la frágil conciencia profesional, fatigosamente configurada, de una delicada y exigente actividad de interés y responsabilidad social llamada periodismo.

## 7. Reivindicación del profesionalismo de responsabilidad democrática liberado de sectarismo

Como señala Patrick CHARAUDEAU (2003: 15), “los medios –habría que precisar, los de enfoque periodístico–, si bien no son la democracia misma, en todo caso son un espectáculo de ella, lo cual tal vez constituye paradójicamente una necesidad”. El conocimiento de la realidad social que los ciudadanos necesitan para formar sus juicios, deliberar con otros y tomar sus propias decisiones libres, en cualquier aspecto de la vida social, requiere de unos proveedores de información y de unas plataformas públicas del intercambio de opiniones fieles a ese compromiso con el sostenimiento de la democracia. Para ello deberán seleccionar datos y hechos en función de su relevancia, certificar mediante pruebas razonables la exactitud de sus noticias y no escamotear a sus audiencias, otros datos u opiniones sin los que la información de actualidad se corrompe en mera banalidad o ejercicio de propaganda<sup>37</sup>.

<sup>36</sup>. Cfr. DADER, J. L. (2006 y 2007): “Cibercomunicación y pseudoperiodismo en el 11-M: patologías de crisis en una democracia débil”. Comunicación y Pluralismo (Univ. Pontificia de Salamanca), nº 1, pp. 35-60.

<sup>37</sup>. Como también reclaman KOVACH y ROSENSTIEL (2003:67), “en esta nueva época, el papel de la prensa, por tanto, consiste en responder a la cuestión ‘¿Dónde está la mejor información?’. La verificación y la síntesis se ha convertido en la espina dorsal del nuevo papel guardián del periodista [...]. La necesidad de verdad es mayor, no menor, en el nuevo siglo, porque la probabilidad de que haya más mentiras es mucho mayor”.

El periodismo es por tanto más necesario que nunca, cuando las corrupciones y confusiones de todo tipo parecen apuntar a su defunción definitiva. Algunos como Halimi (cfr. MORA, 2002), consideran que el periodismo genuino ya no es recuperable dentro de sus actuales recipientes<sup>38</sup>. Pero habrá entonces que reinventar otro tipo de institucionalización periodística que recupere la imprescindible utilidad de su esencia.

### 8. Referencias bibliográficas:

ALTSCHULL, Herbert

1988: *Agentes de poder. La influencia de los medios informativos en las relaciones humanas*. (v.o. 1984). Méjico, Publigraphics.

ATARES, María Luisa

2006: “Los lectores estadounidenses están perdiendo la fe en los periódicos”, *El Mundo*, 7 de mayo, p. 68.

AUCOIN, James

1997: *IRE: Investigative Reporters and Editors, the Arizona Project and the Evolution of American Investigative Journalism*. Evergreen, AL (USA). Raging Cajun Books.

CEBRIÁN, Juan Luis

2006: “Contra la basura”. Prólogo al libro de SERRANO, Rodolfo (2006): *Un oficio de fracasados. Libelo pro y contra el periodismo*. Córdoba, Berenice.

CHARAUDEAU, Patrick

2003: *El discurso de la información. La construcción del espejo social* (v.o. 1997) Barcelona, Gedisa.

CHICOTE, Javier

2006: *El periodismo de investigación en España. Causas y efectos de su marginación*. Madrid, Fragua.

DADER, José Luis

2006: “Cibercomunicación y pseudoperiodismo en el 11-M: patologías de crisis en una democracia débil”. *Comunicación y Pluralismo* (Univ. Pontificia de Salamanca), nº 1, pp. 35-60.

2007 (en prensa): “The Internet Role on Elections Campaigns: The 2004’ Spanish Case”, en: DAVIS, Richard / OWEN, Diana / WARD, Stephen (eds.): *Making a Difference: A Comparative View of the Role of Internet in Election Politics*. New York, Lexington Press.

<sup>38</sup>. Otros como el conocido bloguero Juan VARELA (2006:37) dicen que “el público recela de los mensajes de los medios. Los errores, la falta de profundidad, la escasez de recursos para producir información de calidad se han vuelto contra el periodismo y los periodistas”. Pero la alternativa del “periodismo ciudadano” o “periodismo 3.0” y la comunicación como conversación que propone este ensayista (ibid. 36), no mejorarán las deficiencias descritas, o incluso las ahondarán –por muy útiles que resulten sus contribuciones en otro orden de cosas-, si el ciudadano careciera a partir de ahora de organizaciones especializadas en garantizar información exacta, rigurosa y completa sobre los asuntos públicos que objetivamente afecten los procesos sociales y políticos de mayor envergadura.

DAYAN, Daniel

2004: “Los valores de mostrar. Televisión, actos de mirada y 11-S”, *Cuadernos de Información y Comunicación (CIC)*, (Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense), vol. 9: 101-116.

DÍAZ NOCI, Javier

2002: “Estudio introductorio” para su traducción y notas de JONSON, Ben, 2002: *El comercio de noticias y Noticias del Nuevo Mundo descubierto en la luna* (v.o. 1620 y 1626). Bilbao, Servicio editorial de la Universidad del País Vasco.

ESPADA, Arcadi

2006a: “Los intelectuales y la verdad objetiva”, *El Mundo*, 18 de noviembre, pp. 62-63.

2006b: “Toma tres, tevetrés”, *El Mundo*, 4 de noviembre, p. 14.

FERNÁNDEZ, Ángel

2006: “El ‘amarillismo’ de la ‘prensa rosa’ y el sectarismo, los males del periodismo”, *El Mundo*, 8 de diciembre, p. 41.

GREENE, Graham

2003: *El americano tranquilo* (v.o. 1955). Madrid, Alianza.

2005a: “Regreso a Indochina”. Artículo publicado el 21 de marzo de 1954 en *The Sunday Times*. Reproducido en RODRÍGUEZ, Ruth (2005): “Realidades periodísticas en tres relatos de ficción: *Ilusiones Perdidas* de Balzac, *Bel Ami* de Maupassant y *El americano impasible* de Greene”. Tesis Doctoral. Madrid. Facultad de CC. Información. Universidad Complutense, ‘pp. 467-474.

2005b: “Últimas bazas en Indochina”. Artículo publicado el 28 de marzo de 1954 en *The Sunday Times*. Reproducido en RODRÍGUEZ, Ruth, op. cit. 475-482.

HALIMI, Serge

2000: *Los nuevos perros guardianes. Periodistas y Poder* (v.o. 1997). Tafalla (Navarra), Txalaparta.

HALLIN, Dan

1997: “Comercialidad y profesionalismo en los medios periodísticos estadounidenses” (v.o. 1996), *Cuadernos de Información y Comunicación, (CIC)*, Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense, vol. 3: 123-144.

HALLIN, Dan / MANCINI, Paolo

2004: *Comparing Media Systems. Three Models of Media and Politics*. New York, Cambridge University Press.

JOHNSON, Michael

1975: *El ‘Nuevo Periodismo’: la prensa underground, los artistas de la no-*

*ficción y los cambios en los medios de comunicación del sistema*. Buenos Aires, Troquel.

JONSON, Ben

2002: *El comercio de noticias y Noticias del Nuevo Mundo descubierto en la luna* (v.o. 1620 y 1626). Traducción, introducción y notas de Javier DÍAZ NOCI. Bilbao, Servicio editorial de la Universidad del País Vasco.

KOVACH, Bill / ROSENSTIEL, Tom

2003: *Los elementos del periodismo* (v.o. 2001). Madrid, Aguilar.

LOUW, Eric

2005: *The Media and Political Process*. London, Sage.

MAS DE XAXÀS, Xavier

2005: *Mentiras. Viaje de un periodista a la desinformación*. Barcelona, Destino.

MORA, Miguel

2002: “La prensa siempre elige lo interesante sobre lo importante”. (Entrevista a Serge Halimi). *El País*, 21 de agosto, p. 29.

ORTEGA, Félix, et al.

2006: *Periodismo sin información*. Madrid, Tecnos.

RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Ruth

2005: “Realidades periodísticas en tres relatos de ficción: *Ilusiones Perdidas* de Balzac, *Bel Ami* de Maupassant y *El americano impasible* de Greene”, *Tesis Doctoral*. Madrid, Facultad de CC. Información. Universidad Complutense.

SAMPEDRO, Victor (ed.)

2005: *13-M. Multitudes On-Line*. Madrid, Los Libros de la Catarata.

SERRANO, Rodolfo

2006: *Un oficio de fracasados. Libelo pro y contra el periodismo*. Córdoba, Berenice.

SUNSTEIN, Cass

2003: *República.com. Internet, democracia y libertad* (v.o. 2002). Barcelona, Paidós.

VARELA, Juan

2006: “El fin de la era de la prensa”, *Cuadernos de Periodistas* (Asociación de la Prensa de Madrid), nº 8, octubre, pp. 17-50.